

EL ENTIERRO DE FRANCISCO MORAZAN

NO HA SIDO POSIBLE encontrar ningún documento relativo al entierro del General Morazán, y es lo más probable que nada se escribiese en 1842 sobre el asunto. De suerte que a falta de un testimonio de esta clase, hay que atenderse a lo que refiere la tradición oral. En los relatos que hacen algunos ancianos, repitiendo lo que en su infancia oyeron decir a sus padres y abuelos testigos que fueron del suceso, se nota una rara coincidencia que en este caso había a favor de la tradición, tan incierta por lo general. Condensados estos relatos resulta lo siguiente:

Después de la ejecución de Morazán y Villaseñor, hubo en San José una inquietud y un silencio como los de un Viernes Santo en aquel tiempo. Los vecinos se retrajeron a sus casas, y los que no eran de la ciudad regresaron a sus pueblos. En todos los semblantes se pintaba la tristeza, porque no había un hogar en que no se llorase un muerto, o no hubiese por lo menos un herido, reinaba un profundo abatimiento, causado por cuatro noches de vigilia sesenta y ocho horas consecutivas de pelea y el tremendo motir popular de aquel día. Lo que anhelaban todos era descansar y dormir.

A nadie se le ocurrió celebrar la victoria y mucho menos la muerte de los dos generales, cuyos cuerpos vacían exánimes en la plaza donde se desplomaron al sonar la descarga que les quitó la vida.

Tan sólo unos cuantos movidos por macabra curiosidad fueron a ver los cadáveres alumbrándoles el rostro con linternas, porque había entrado la noche, pero sin atreverse a tocarlos en ausencia de la autoridad. Se presentó entonces allí un hombre de edad madura, alto, delgado, de hermosas facciones y aspecto señorial, que se apoyaba en un bastón y traía en el antebrazo dos sábanas dobladas. Al reconocerlo, los mirones se apartaron respetuosos: Era don Juan Mora Fernández, primer Jefe del Estado libre de Costa Rica.

Con la cabeza descubierta y visible dolor, estuvo contemplando un rato la cara ensangrentada de Morazán; enseguida desplegó las sábanas, cubriendo con ellas piadosamente los dos cadáveres. Entre los que presenciaron esta escena conmovedora estaba sin duda, más de uno de los que pocas horas antes amenazaban enfurecidos con matar al venerable prócer y, a todos los morazanistas.

A las diez de la noche, llegó una escolta al mando de un oficial, que después de levantar los cuerpos y ponerlos en unas angarillas, partió para el antiguo Cementerio de San José a la pálida luz de los faroles que portaban algunos soldados. Detrás de la escolta, en medio de la cual se distinguían los blancos sudarios sobre las angarillas, marchaban don Juan Mora Fernández y su hermano Joaquín, el Coronel don Rafael García Escalante, don Mariano Montealegre Fernández y otros conspicuos ciudadanos amigos fieles de Morazán: a continuación un grupo de curiosos. En el cementerio se había cavado una fosa en la que se encontraron los dos cadáveres apareados.

Esto es lo que refiere la tradición y confirma en parte un documento oficial de 1848.

Por. Ricardo Fernández Guardia